

La próxima víctima está viva y muerta a la vez

EL PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE



SÒNIA GUILLÉN

CONTRALUZ

SÒNIA GUILLÉN

El principio
de incertidumbre



Primera edición: febrero 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Maquetación: El Taller del Llibre, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Sònia Guillén Colomer, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-50-5

Depósito legal: M. 27.130-2024

Printed in Spain

*A mis padres, que, sin apenas ir a la escuela,
me enseñaron las lecciones más valiosas.*

No me gusta que me engañen.
No me gusta que me digan que hay
algo que no puedo entender. Quiero saber
qué pasa, así que trato de descubrirlo.
En eso consiste el principio de incertidumbre:
en descubrir las cosas.

RICHARD FEYNMAN

I

La joven que arroja con el pincel un reguero de ocre contra el cuadro se llama Sara Pons. Lo hace con los ojos cerrados y, al abrirlos, observa las gotas que se deslizan con cuidado por la tela para unirse con otras. El frío se le cue-la por el cuello de la parka y le entumece los dedos manchados de pintura, así que deja el pincel para meterse las manos en los bolsillos.

Se separa un poco del lienzo para tener más perspectiva.

La obra, en su conjunto, ni ella misma la entiende, pero en eso radica su originalidad. Sus cuadros no reflejan nada que el hombre común haya visto antes, y no serán comprensibles hasta dentro de varias décadas. Eso es, al menos, lo que piensa. A punto de cumplir los veintiocho, tiene claro que no quiere ser una celebridad pública.

Aún no sabe que dentro de muy poco será famosa por estar viva y muerta a la vez.

Ajena a su destino, se separa del lienzo y entrecierra los ojos. Necesita «adentrarse» en la pintura, captar el misterio que esconde. Sobre un fondo negro, se superponen cientos de gotas de colores. Está casi acabado y aún no tiene claro cómo lo llamará.

El taller es muy grande, con un techo de cuatro metros de altura, vigas de hierro y grandes ventanales. De cada trozo de pared de obra vista cuelgan cuadros. Otros están apoyados en el suelo. En el centro, bajo doce bombillas que evocan la luz natural, hay un caballete. Al lado, una mesa llena de frascos de pintura, pinceles, botes de cristal llenos de agua sucia, trementina, reglas y compases.

Sara viste un pantalón de pana y una sudadera blanca manchada de pintura. Se ha recogido el pelo en un moño con una goma. Justo en la sien, un mechón rubio está teñido de ocre. Dentro del taller la temperatura no llega a los quince grados; por eso se cubre con una parka vieja, también salpicada de pintura. Con el frío piensa mejor y, además, calentar esa nave industrial costaría un dineral.

El hecho de que sea rica no importa. No quiere ayudar a cargarse el planeta.

El taller, que es también su casa, era antiguamente una fábrica textil y está en un barrio complicado. En los años cincuenta era un polígono industrial alrededor del cual se alzaban edificios de doce plantas para familias trabajadoras. En la actualidad, las naves se han reconvertido en almacenes al por mayor y en algunos pisos viven hacinados decenas de inmigrantes. Por la noche hay bandas, peleas y gente que vende y compra droga.

Pese a todo, a ella le gusta. Justo delante de su ventanal hay un parque, un pedazo de tierra con cuatro árboles, un tobogán y dos columpios. De día suele haber madres hablando en grupos mientras los chiquillos juegan, pero, de noche, solo quedan los jóvenes fumando porros y bebiendo.

Como hoy llueve con ganas, no hay nadie en la calle.

Sara agradece este día húmedo y frío, las gotas que caen perpendiculares al trasluz de las farolas, que el parque se encuentre desierto y solo se oiga el sonido de la lluvia contra el cristal y el tejado.

Cuando alguien toca el timbre, ella da un respingo.

«Mierda», piensa mientras se limpia las manos con un trapo de cocina viejo y se dirige a la puerta.

Observa por la mirilla y, al reconocerlo, Sara da un paso atrás. Se endereza, toma aire, intenta calmarse. Vuelve a mirar para cerciorarse de que en efecto es él, que no se confunde con el halo que empaña la mirilla. Pero no hay duda.

Es él.

—¡Un momento! —grita mientras se mira en el espejo junto a la puerta.

Está hecha un desastre. Aunque le gusta su apariencia de artista, tiene los ojos legañosos y el pelo pegado a la frente.

Sin hacer ruido, va al lavabo y se aplica un poco de rímel y brillo en los labios. Se peina el flequillo y suelta algunos mechones de cabello como si se hubieran escapado contra su voluntad. Ahora pinta mejor, pero le falta algo para darle un aire más bohemio. Encuentra una mancha de ocre en el trapo y se hace un borrón en la mejilla.

Así está bien, se dice frente al espejo. Descubre en su reflejo una mirada de reproche, una advertencia por parte de su otra versión. Es la que le recuerda que tiene que comer o la empuja a llamar a su agente cuando el dinero se acaba. La que la obliga a quitarse los auriculares cuan-

do regresa a casa por la noche. La parte de ella que lidia con las cosas mundanas y necesarias y la aleja del peligro.

Su imagen le recrimina que, a su edad, se comporte aún como una adolescente, que traicione la promesa que se hizo de no volver a dejarse arrastrar por sus sentimientos.

«De todas maneras, no pienso pasar con él más de una noche», le miente a su otro yo. «¿Y has visto el azul de sus ojos?».

Sale del baño y abre la puerta.

El visitante, todavía bajo el paraguas, sonrío al verla.

—Perdona por hacerte esperar... —murmura ella—. Tenía las manos llenas de pintura.

—No te preocupes, Sara. Sé que es tarde... Pero pasaba cerca de aquí y no me he podido resistir. Quería ver en qué estás trabajando. Aunque, si he de serte sincero, lo que en realidad me atrae es la posibilidad de *verte pintando*.

Sara esboza una sonrisa tímida y se aparta para dejarlo pasar, mientras le explica:

—Estoy acabando mi último cuadro. La expo es dentro de dos semanas y voy un poco contra reloj...

Él cierra el paraguas y se pasa la mano enguantada por el pelo negro. Debe de tener algo menos de treinta años. Al igual que cuando lo vio por primera vez, Sara nota una sensación de vacío en el estómago que atribuye a que le gusta, aunque su otro yo le dice que no, que no es eso.

Desde que se conocieron, hace un par de meses, se han visto en tres ocasiones. A Sara le gustó desde el primer momento, pero lo ha estado evitando. Hay algo en él que hace que se sienta torpe y vulnerable. No es su físico ni su personalidad, sino más bien un rasgo propio de ella. Desde la adolescencia, cuando se siente atraída por al-

guien, suele obsesionarse. Su psicóloga lo llama «apego ansioso» y su hermano, «tendencia a convertirse en el satélite de otra persona».

Él se acerca al caballete y observa el lienzo sin terminar con la cabeza un poco ladeada.

—Aún no me he decidido por el título —comenta ella, emocionada—. Estoy entre *Entrelazamiento infinito* o *La sinfonía invisible*.

El visitante observa el cuadro sin decir nada y ella se recrea en sus iris. Tiene unos ojos que parecen azules como tantos otros, piensa, hasta que te fijas bien y comprendes que existe otra tonalidad de *azul*.

—Este cuadro está inspirado en la lluvia —le explica Sara colocándose a su espalda—. Cada gota es portadora de múltiples posibilidades, de estados diferentes. Al estrellarse contra el lienzo, las gotas colapsan y se determina su estado final. Todas se encuentran conectadas, entrelazadas de alguna manera...

Él asiente, absorto, y ella se calla. Se siente halagada e intimidada a la vez. Es consciente del frío, del ritmo de su corazón, de la lluvia que cae con fuerza afuera y convierte el taller en una caja de hojalata.

Da un paso atrás para observar la espalda ancha del hombre. Lleva un abrigo negro y unos guantes de piel. Ese detalle, de repente, la inquieta. La Sara pintora disfruta de la atención del visitante, pero la otra Sara se da cuenta de un montón de cosas: que ha dejado entrar en su casa a un hombre que apenas conoce, que las tiendas están cerradas y en la calle no hay nadie.

Y que ese hombre lleva guantes negros de piel.

La Sara responsable le sugiere que mencione, como de pasada, que espera a su hermano para cenar. Pero antes de que pueda decir nada, él empieza a hablar:

—Es magnífico, me recuerda en pequeño formato al *Summertime* de Pollock, pero más honesto y profundo. Tu arte refleja algo distinto. Es como si pintaras desde otro lugar, captando una realidad que nadie más percibe. —Se acerca un poco más a Sara—. Es brillante cómo has incorporado el principio de superposición y entrelazamiento. Parece que cada gota exista en múltiples estados, hasta que te concentras en un solo punto...

Las palabras penetran dentro de ella y rompen, una a una, cada hebra que la sujeta a la Sara responsable. Él la mira fijamente y ella está tan conmovida que siente una conexión casi mística con ese hombre. Detecta que algo en su azul ha cambiado. Quizás sus ojos brillan más, o son ahora más oscuros.

La Sara responsable le envía un último aviso, pero ella está decidida a demostrarle que está equivocada. Y no, no va a dejar que sus miedos le estropeen una noche de sexo.

—Es increíble, eso es justo lo que quería expresar... —dice con un hilo de voz—. Ya sabes lo que opina mi agente, que debería dejarme de experimentos y seguir haciendo lo de antes, asegurar el tiro.

—Pero tú necesitabas pintar esto —la interrumpe él con un susurro—. No sabes cómo te entiendo.

Sara cae en su campo gravitatorio. Ahora orbita sin control a su alrededor. Tiene unas ganas locas de besarle, de arrancarle la ropa, de confesarle que le gusta, pero recuerda los consejos de su psicóloga y se controla.

—¿Te apetece una copa de vino? —le ofrece nerviosa—. Podemos encender la estufa de butano y...

Él se limita a cogerle la mano. Su rostro está ahora a unos centímetros de ella. Nota su aliento cálido, puede apreciar cómo, entre las pestañas negras y largas, el azul adquiere un matiz oceánico, peligroso. A Sara se le encoge el estómago y le tiemblan las piernas. Está excitada.

—*Entrelazamiento cuántico*. Ese es el título —murmura él.

Lo que sucede a continuación, Sara lo revivirá una y otra vez las próximas horas. Le vendrán *flashes* que la despertarán con un grito. La expresión salvaje del hombre. Su mano enguantada que le tapa la boca. Un pinchazo en el cuello. Después, un baile de paredes y la visión del techo mientras cae. Un crujido seco cuando su cabeza choca con el suelo.

Oscuridad.

II

Hace semanas que Berta no duerme bien, así que, cuando suena la alarma esa mañana, alarga el brazo para apagarla y se encoge bajo el edredón. En cuanto cierra los ojos, se sumerge de nuevo en un pozo profundo, sin fin.

Un par de horas después, abre los párpados hinchados. Advierte que es tarde por la claridad hibernal que entra por la ventana. Cualquier otro día, esa luz la habría hecho salir de la cama de un salto, pero las pesadillas de esta noche le han drenado toda la energía.

Tendida en la cama con los ojos abiertos, comprueba que todo está en el mismo lugar, que las cosas sigan siendo exactamente igual. Es algo que hace desde siempre. Aunque eso no es exacto: debería precisar que lo hace desde que sufrió aquel accidente de niña. Sin embargo, han pasado ya treinta años y, por lo tanto, podría decirse que es desde siempre.

En la mesita, el teléfono móvil está bocabajo; los libros se apilan en el suelo y la puerta de la habitación está entreabierta, como a ella le gusta.

Estira el brazo para coger el teléfono y en la pantalla descubre tres llamadas perdidas de un número oculto.

Frunce el ceño mientras comprueba que no han dejado ningún mensaje.

Se enfunda un pantalón negro y un jersey de cuello alto. Luego corre descalza hacia el lavabo con los calcetines en la mano. Se los pone mientras orina.

Un minuto más tarde, se seca la cara ante el espejo. Exceptuando las ojeras oscuras y abultadas, sigue siendo ella: el mismo pelo negro, liso y brillante cortado a la altura de los hombros; unas cejas tupidas que enmarcan sus ojos marrones; labios delgados, el de abajo un poco más grueso. Nunca se maquilla y raramente compra ropa distinta a la que suele llevar. Quizás porque siente que su trabajo ya es lo bastante caótico, se resiste a alterar, ni que sea un poco, su aspecto.

De eso ya se ocupa el tiempo con una tenacidad implacable.

Con la cabeza embotada por haber dormido demasiado, se prepara un café. Una de las ventajas de vivir sola es que nada perturba su manía por el orden. La cocina está impecable, sin manchas de aceite o migas de pan ni cacharros en el fregadero. Sin duda ayuda que, con tal de no cocinar, ayer cenó un yogur.

Mientras prepara la cafetera italiana, echa de menos la rapidez de la Nespresso. Y, aunque le duela reconocerlo, también echa de menos a Miguel. Al café en cápsulas renunció por principios, porque contaminaba en exceso. A Miguel se le puede aplicar exactamente lo mismo.

Todavía recuerda su última conversación. Discutieron porque se sentía sola. Se levantaban y acostaban y pasaban

el fin de semana juntos. Y, aun así, se sentía cada vez más lejos de él.

Cuando Berta le contaba algo, Miguel no la miraba realmente, sino que dejaba descansar la vista sobre ella mientras pensaba en sus cosas. Los fines de semana permanecía horas absorto frente al televisor o con el móvil. Tras una década de convivencia, se habían convertido en fantasmas que habitaban la misma casa sin verse realmente.

Si ella le reclamaba más comunicación, él se limitaba a decir con tono cansado: «Yo soy así».

Berta odiaba esa frase con todo su corazón.

—¿Has oído hablar de las hadas? —le preguntó ella un día; a pesar de ser doctora en física cuántica, podía ser muy fantasiosa—. Cada vez que alguien dice que no cree en las hadas, una muere. Pues entre nosotros pasa algo parecido. Cada vez que me dices «yo soy así», muere un pedacito de nuestro amor.

Hace seis meses que se marchó, pero Berta le sigue echando de menos. No ha vuelto a saber de él, lo cual significa que debe de estar con otra. Le ofende que haya podido olvidarla con tanta facilidad.

Mientras toma de pie el café sin espuma, revisa el móvil. No tiene ningún mensaje de Miguel, solo uno de Pavel, su compañero de trabajo, que le pregunta dónde se ha metido.

Antes de que pueda contestarle, suena el timbre de la puerta. Son las diez de la mañana y ella no suele recibir visitas a esa hora. Nunca compra en tiendas *online* ni le llegan mensajeros de ninguna clase. La posibilidad re-

mota de que sea Miguel le encoge el estómago cuando va a abrir.

Pero no es él, sino una pareja con expresión grave.

El hombre ronda los cuarenta y tantos, y la mujer aparenta la mitad de esa edad. Él es alto y recio, tanto que podría ser jugador de rugby. Tiene el pelo y la barba de color tostado. Su mirada color avellana es ligeramente estrábica.

La muchacha que lo acompaña también es alta, aunque más delgada y atlética. Bajo el pelo corto rojizo brillan sus ojos verdes, y una nariz con personalidad destaca en su cara pecosa. Lleva una carpeta azul en la mano.

No tienen la pinta típica de los testigos de Jehová, ni tampoco parecen vendedores ambulantes. Con esa intuición que conecta los hechos que anuncian desgracias, Berta enseguida los asocia con las llamadas.

El hombre confirma su suposición mostrándole una placa policial.

—¿Berta Fernández? —Ella asiente, mientras por su cerebro desfilan las causas más locas para que la policía vaya a su casa—. Permítame que nos presentemos: soy el inspector David Estrada y ella es mi compañera, la detective Nadia Mateo. Pertenece a la DIC, la División de Investigación Criminal. ¿Podríamos charlar un momento?

—Por supuesto... —responde Berta, abrumada, mientras traspasan la puerta—. ¿Ha pasado algo?

—Nada que la implique a usted, pero necesitamos su asesoramiento en calidad de experta. Hemos obtenido su contacto en la facultad donde trabaja. La estamos lla-

mando desde ayer noche, porque es un asunto urgente, pero no hemos podido contactar con usted.

Berta sonríe avergonzada.

—Disculpen, tenía el teléfono en silencio.

—No se apure —interviene ahora Nadia—. Solo necesitamos que nos ayude a interpretar un par de notas.

— Interpretar notas? —Su voz ha sonado un poco r dcula y aguda, así que carraspea para aclararse la garganta.

Aunque, de pequeña, su profesor de m sica le dijo que tenía «oído absoluto», sin duda no se trata de tocar un instrumento.

—Es usted doctora en física cuántica,  cierto? —le pregunta la detective—. Si nos permite sentarnos, le explicaremos el asunto.

Berta les señala la mesa.

—Por supuesto, disculpen... No suelo recibir visitas policiales.  De qué se trata?

Nadia abre la carpeta, saca una fotografía y se la da a Berta. En ella, una mujer joven con el pelo rubio ondulado sonríe a la cámara. Detrás puede verse un cuadro, un galimatías de líneas superpuestas y círculos concéntricos.

—Le presento a Sara Pons —le aclara Estrada—, una artista que vive en el barrio del Bon Pastor. Mejor dicho, vivía, ya que lleva cuarenta y ocho horas desaparecida. Ayer por la noche entramos en su *loft*, donde tiene su taller y la vivienda. Todo, incluyendo sus llaves, sigue all : móvil, documentación, ropa.

—Quizás no quiere que la encuentren —apunta Berta—. A fin de cuentas, los artistas son...

—Pensaríamos como usted de no ser porque ayer viralizó por las redes esta nota —declara Nadia, antes de extraer de la carpeta azul un folio impreso.

Bajo un retrato de cerca de la pintora, con los ojos exageradamente abiertos, se lee el mensaje:

SARA PONS ESTÁ VIVA Y MUERTA A LA VEZ

¿Cuándo se abrirá la caja?

Squark

—Esta nota emergió desde la *dark web* y ha sido compartida por miles de personas —expone Estrada—. Llevó al hermano de la pintora a ir al *loft*, del que tiene llaves. Al cursar la denuncia, nos aseguró que su hermana jamás desaparecería o haría un juego así para promocionarse. Aunque sea una artista de vanguardia, es una persona más bien miedosa y nunca va a ninguna parte sin su móvil. Además de este anuncio, sobre la cama de Sara encontramos otro papel con un mensaje indescifrable. Pero antes, dígame, ¿puede explicarnos la paradoja de Schrödinger?

Mientras Nadia busca en la carpeta la hoja manuscrita, le dispara una segunda petición:

—Y, ya puestos... nos vendría bien saber qué es un Squark.

